



DANA GYN'THER

Los Baños del
Almirante

Traducción Inés Benlloch Reig

Los Baños del Almirante

Dana Gynther

Traducción del inglés de
Inés Benlloch Reig



Los Baños del Almirante
Título original *The Admiral's Baths*,
de Dana Gynther

Traducción de Inés Benlloch Reig
Revisión Laia Vilanova i Ángeles

© Dana Gynther, 2017
© Traducción: Inés Benlloch Reig, 2019
© Batidora Ediciones, 2021

La Batidora Coop. V.
Batidora Ediciones
Tel. +34 642 896 500
www.batidoraediciones.es
info@batidoraediciones.es

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-123020-8-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Carlos García Aranda,
valenciano y padre de mis hijas,
y también para su padre,
José García Fenollera,
que cuando era
estudiante de Derecho
durante la postguerra,
a veces se bañaba en
los Baños del Almirante.*

RECONSTRUCCIÓN
MAYO DE 2011

Después de contemplar por la ventanilla cómo empequeñecía la tierra, me recosté en el asiento. Escuchaba el sonido de las ruedas que se plegaban en el cuerpo del avión. Hoy, ese resuello mecánico, el ronquido de un robot entrado en años, me recordó a un albatros. Una enorme y desgarrada ave que, una vez emprende el vuelo, esconde sus gruesas patas y estira las alas para deslizarse por el aire. Esa imagen, tan pura y pacífica —que seguramente había visto en algún documental de sobremesa— me hizo sonreír. Hasta hoy, tenía fobia a volar.

Siendo aún muy niña para comprender el concepto de la mortalidad, tenía un miedo instintivo a volar; sin embargo, ahora mismo recordaba ese miedo con algo de nostalgia: las manos sudorosas, los latidos acelerados, las compras precipitadas de carísimas botellitas de Absolut. Cada aterrizaje había culminado sin incidentes pero, dolorida y cansada, descendía del avión asombrada de estar viva. Pero, desde la semana anterior, todo parecía un artificio: un intento de clase media en tiempos de paz de conseguir un subidón de adrenalina. Una semana antes, había aprendido algo sobre el miedo: como todo, es relativo.

—Señora... —Una auxiliar de vuelo se inclinaba a mi lado y comprobaba un papel que sujetaba en la mano—. ¿Sra. Rachel Cardon?

—¿Sí? —La miré y noté que me observaba con una curiosidad ansiosa—. ¿Perdón?

—Nos gustaría ofrecerle nuestra ayuda. —Hablaba con un susurro cómplice—. En caso de que necesite cualquier cosa.

Parpadeé confundida. ¿Era esto una nueva campaña publicitaria?

—Eh, gracias —dije asintiendo con educación.

Con una mirada inquisitiva, me examinó los ojos, primero uno y luego el otro, y volvió a dirigirse al papel.

—Disculpe, señora. Aquí dice que es usted invidente...

—Vaya —respondí, separando las sílabas—. Pues no, no lo soy.

—Qué extraño —dijo, enrojando—. Siempre nos dan una lista de los pasajeros discapacitados. Por algún motivo, aquí pone que usted es invidente.

—Debe de ser un error. De verdad. —Sonreí, intentando mitigar su bochorno—. No necesita preocuparse por mí.

Una risita nerviosa salió de sus labios.

—De acuerdo. Disculpe la molestia.

Observé cómo se escabullía por el pasillo, de vuelta a su territorio de curiosos contenedores de metal y cafeteras. Invidente. El error era de hecho bastante oportuno. En la última semana, había sido como una niña en un juego perpetuo de la gallinita ciega: dando vueltas e incapaz de ver nada.

No había sido por falta de advertencias. Durante días, los meteorólogos habían pronosticado un tiempo extremo en los estados del sur. El 25 de abril comenzaron los tornados, que azotaron Arkansas de manera especialmente intensa; dos días después, una multitud de tornados tocaban tierra por todas partes.

Había estado mirando el canal del tiempo como si fuera un *reality show* (algo entretenido, a veces turbador, pero que nada tenía que ver conmigo), incapaz de imaginar que un tornado pudiera venir hacia mí. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Desde que me había dejado, un zumbido agobiante me invadía la cabeza.

Tres días antes y cuando menos podía esperarse, Todd Russell, mi pareja de casi un año, se había marchado de repente, una semana antes de nuestro viaje de verano a España. Me sentía desconectada de todo lo que no era mi propio sufrimiento, enferma de ira y dolor, apenas había comido desde que se fue. Estaba de pie junto a la tabla de plan-

char, mirando distraídamente cómo un monstruoso embudo atacaba un hospital en Cullman, Alabama. Aunque solo estaba a cien millas al norte, por mí podría haber estado sobre la luna. Con un ojo en la tormenta, atacué los bolsillos de una camisa con la plancha, maldiciendo mi atracción hacia las fibras naturales, hacia los *hipsters* impredecibles. Entonces vi la banda de noticias en la parte inferior del televisor: aviso de tornados en el condado de Tuscaloosa.

Al inclinarme sobre la tabla de planchar, intentando ver a través de las ventanas mojadas y ya oscuras, oí el chirrido alarmante de la sirena. Se había disparado varias veces en las últimas semanas, forzándome a decidir el lugar más seguro de la casa. Como muchos hogares sureños contruidos sobre arcilla roja, este no tenía sótano y el espacio de almacenamiento debajo de las escaleras estaba ya atiborrado de maletas, decoraciones festivas y las pelotas de fútbol y los monopatines viejos de mi hijo. Durante una de las pausas de la sirena, el tono serio de la voz del hombre del tiempo me llamó la atención: *Si están en los alrededores de la ciudad de Tuscaloosa, busquen refugio inmediatamente. Se espera una tormenta peligrosa en el centro de la ciudad.* Apagué la plancha, cogí el teléfono móvil y, de nuevo, me refugié en el baño pequeño sin ventanas junto a la cocina.

Llevaba sentada en el suelo del baño unos veinte minutos, con el trasero frío e insensible, mirando el teléfono. El fondo de pantalla seguía siendo una adorable foto de pareja, Todd y yo en Gulf Shores, bañados en colores pastel, agua de un azul pálido y un atardecer rosado detrás de nuestros felices rostros. Me resistía a llamarle cuando se fue la luz. La oscuridad me sobresaltó con un pánico instantáneo. La oscuridad hacía que el viento sonara más fuerte. ¿Era ese el infame sonido de tren de carga? Se me destaparon los oídos por la presión; la casa crujió y gruñó. Oí un golpe violento por arriba y me tiré contra el suelo. Cubriéndome la cabeza con las manos, con los ojos cerrados, el corazón salvaje y descontrolado, recité una serie de murmullos:

«Dios, no, por favor, Dios, no, por favor, Dios, no, por favor...», a pesar de que nunca había creído en Él. ¿Era esto el fin? ¿Iba a morir sola, en un baño, a los 47 años?

Después de varios minutos paralizada sobre las baldosas del baño, con el miedo tapándome los oídos, noté de repente el silencio. Me incorporé y agarré el pomo de la puerta, y luego la empujé con el pie para abrirla. Una luz tenue venía del pasillo. Desde donde estaba en el suelo, solo podía ver la mesa de la cocina, con un cuenco lleno de manzanas amarillas en perfecto estado en el centro. Se había acabado. Y yo había sobrevivido. Cogí la toalla que había colgada en la percha y lloré en ella ruidosos sollozos de alivio, de agradecimiento.

Cuando finalmente fui capaz de ponerme en pie, dejé mi refugio y me fui al salón con la intención de inspeccionar la casa. Inmediatamente vi que el jardín (de hecho, toda la vegetación) había quedado pegada a las ventanas. Mirando hacia dentro, los arbustos parecían hostiles, demasiado curiosos sobre la vida del interior. Era como si las plantas se hubieran puesto en mi contra y me hubieran tomado como rehén. Se me estremeció el corazón al pensar en los rincones que había creado allí durante muchos años: la esquina mediterránea, el jardín de mariposas, la pequeña fuente de Buda...

Abrí un poco la puerta y parpadeé. No esperaba tanto sol. La luz brillaba reflejada en los pedazos de plantas y los trastos mojados que habían aterrizado allí como un rastrillo indeseado. Los altos y esbeltos abedules ya no estaban y, preguntándome adónde habrían ido, de repente recordé el enorme árbol de pacanas al otro lado de la casa. ¡El golpe! Con frío y temblando, le di una patada a la silla de exterior de algún vecino y entré en el jardín, dando pasos de gigante sobre los escombros como una niña jugando a Simón dice. Lo vi al rodear la casa. El tronco de mi querida pacana estaba torcido y medio desarraigado. Miré hacia arriba, con un nudo enorme bien apretado en la garganta. La rama más grande había golpeado el tejado del estudio (mi sanc-

tasancórum) mientras otras muchas ramas se abrían camino por las ventanas del dormitorio.

Me quedé boquiabierta mirando el lateral de mi casa en ruinas, con los brazos alzados y en tensión, hasta que me di cuenta de que se oían voces. ¿Me llamaba alguien? Por primera vez, se me ocurrió mirar a mi alrededor, hacia la calle. Parecía un campo de batalla, como si nos hubieran bombardeado sin descanso en una *blitzkrieg*. Los árboles parecían hechos de harapos, las casas de ladrillo tenían agujeros, la casa de dos pisos al final de la calle era una montaña de palos. Había vidrio por todas partes. Y vecinos. Después de la tormenta, también les había atraído la luz.

—¡Rachel! ¿Estás bien? —gritó uno de ellos.

Asentí con la expresión en blanco, observando cómo un grupo de adolescentes ayudaban a Felix, el hombre mayor que vivía enfrente, a salir de su casa astillada por encima de la puerta de entrada. Había gente sangrando, otros cojeaban. Restos de robles centenarios y alargados pinos yacían diseminados por los jardines y la calle, bloqueando el paso por completo. No sabía cómo llegarían al hospital. Me quedé plantada en el jardín, mareada y sin aliento. Quería ayudar a alguien —yo estaba bien, después de todo—, pero no podía hablar ni moverme. De repente, todo se volvió negro.

Cuando recobré el conocimiento, estaba sobre el césped cara a cara con Mike Wilson, un vecino grandote, barbudo y con gorra, con quien, antes de ese momento, solo había intercambiado saludos.

—Creo que estás en estado de shock, Rachel —dijo—. Intenta respirar lentamente. Inspira, espira... inspira, espira... Mucho mejor. Venga, vamos adentro.

Con su fuerte brazo rodeándome los hombros, me ayudó a pasar por el desastre de lo que antes había sido mi jardín, ahora lleno de ramas rotas y basura mojada: el triciclo de un niño, una toalla de playa, tejas, un guardabarros doblado. Me acercó al sofá y me trajo agua en

un vaso de plástico del Mardi Gras que nunca antes había usado. No podía imaginar dónde lo había encontrado.

—Me vuelvo afuera —dijo Mike, mirando por la ventana el extraño resplandor—. Vaya, parece como si el tornado hubiera recogido la lluvia y se la hubiera llevado de paseo —añadió, dándome palmaditas en la cabeza en un torpe gesto de despedida—. Si necesitas algo, avísame.

Salió de casa mientras yo seguía tumbada en el sofá, algo menos mareada, con el ceño fruncido al pensar en Todd señalando a Mike una mañana y llamándole «ejemplo andante de paleta».

Inspirar, espirar... inspirar, espirar... Solía practicar la respiración controlada durante los despegues, pero esta vez me había olvidado por completo. Me quité los zapatos. Mientras acomodaba los pies en el asiento vacío de al lado, por primera vez me sentía feliz de que Todd no hubiera venido. No tenía ni idea de qué podría haber hecho en Valencia. Mientras yo estuviera ocupada investigando y escribiendo mi artículo, ¿qué habría hecho él con su tiempo libre?

—Señora, ¿quiere algo de beber? —La auxiliar de vuelo de antes se sonrojó ante mí.

—Sí, una cerveza. —Pensé en hacer una broma, quizá algo sobre elegir una bebida a ciegas o ponerme ciega de alcohol, pero rápidamente me ofreció una lata chata de Heineken y una bolsa de cacahuetes y la oportunidad pasó. Asentí en agradecimiento y, luchando por abrir el paquete de cacahuetes, continué repasando expresiones mentalmente: ciego como un topo, el lado ciego, dar palos de ciego, el amor es ciego... Paré de golpe. *El amor es ciego*. Miré el asiento vacío junto al mío y puse los dedos de los pies debajo de la manta roja sin usar, aún en su bolsa de plástico. Y aquí estamos, de vuelta a Todd.

Nuestra relación parecía tan prometedora. Después de las primeras semanas, en plena avalancha de descubrimientos sobre gustos e intereses en común —la buena comida y la fotografía, los cantautores y la cerámica hecha a mano— sentí una conexión con él que no había sentido en años, no desde Jeff, mi exmarido. Sin llegar a dejar su propio piso, había comenzado a pasar cada vez más tiempo en mi casa. Y no solo para compartir la cama; allí estaba él, ayudando en el jardín, cambiando alguna que otra bombilla, comprando donuts en el Krispy Kreme un domingo, y seis meses después, la relación parecía... consolidada.

Mi hijo Nick, que estudiaba arquitectura en la otra parte del estado, se mostraba indiferente a esta nueva relación siempre que la mencionaba por teléfono. Como mucho, parecía algo contento por mí. Pero durante su viaje a casa por Acción de Gracias, algo cambió. El miércoles, el contacto inicial entre mi pareja y mi hijo había ido bastante bien, y el día del festín ni siquiera lo vimos. Nick y yo lo celebramos juntos mientras Todd, que era chef, estaba ocupado en el restaurante preparando perdices y codornices asadas, pavos en miniatura para la gente de costumbres tradicionales que no quería líos. Más tarde, al día siguiente, celebramos nuestra reunión anual para el partido clásico Auburn-Alabama. Ninguno de nosotros era muy fanático del fútbol, pero durante los últimos cuatro años, desde que Nick había comenzado sus estudios en Auburn, disfrutábamos de un poco de rivalidad desenfadada entre universidades. Había venido media docena de personas (algunos compañeros del instituto de Nick y un par de descolgados del Departamento de Historia) y todos estaban de buen humor, bebiendo y picando al son de la prosa vertiginosa de los comentaristas deportivos.

En algún momento durante el descanso, Nick me llevó a la cocina. Tenía la cara enrojecida, su boca dibujaba una línea recta.

—Tu novio está borracho —dijo.

Miré a Todd, posado sobre el brazo del sofá, cerveza en mano y con los ojos entreabiertos.

—Todo el mundo bebe de más a veces —dije—. No es para tanto.

—No —dijo, aún acalorado—. Este tío es patético. Tienes que librarte de él.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, con aire preocupado—. ¿Qué ha hecho?

—Está diciendo gilipolleces —dijo. Evitó mi mirada, y dirigió la suya al televisor.

—¿Sobre qué, el partido? —le pregunté con una sonrisita.

—Ya, claro —dijo con sarcasmo rebosándole por la boca—. Sabes lo sensible que soy con el fútbol.

—Entonces, ¿de qué se trata? —Me miró a la cara.

—Te mereces algo mejor, mamá. En serio.

Di un suspiro. Era mi primera relación de verdad desde el divorcio diez años atrás; antes de Todd, había estado totalmente inmersa en mi hijo y mi carrera. Sabía que Nick no estaba acostumbrado a la idea de que tuviera pareja —habíamos estado los dos solos durante mucho tiempo—, pero aun así no entendía el porqué de su repentino egoísmo. Me preguntaba si podría tratarse de una adolescencia latente, o quizás de un complejo de Edipo equivocado.

—Creo que estás exagerando, Nick —dije con voz tenue.

—Te diré una cosa —dijo—, cuando esté él, yo no estaré.

Tomada por sorpresa, observé cómo se ponía la chaqueta y les decía a sus amigos que tenía que irse, que le había surgido algo. Sintíendome rígida y vacía, me senté en el sofá, imaginándome a Nick conduciendo por las calles vacías de Tuscaloosa. La ciudad entera estaba en el estadio o delante del televisor. Miré la pantalla sin ver nada, mientras la cerveza se calentaba en mi mano. Todd se deslizó lentamente por el brazo del sofá, haciéndose un hueco a mi lado. Se acurrucó junto a mi cuello.

—Hola —me susurró al oído, su aliento con un toque de tabaco. Me acerqué y le rocé la barbilla sin afeitar.

—Hola —respondí, debatiendo si preguntarle o no sobre el tema. Mientras Auburn disfrutaba de un victorioso retorno en una sala llena de insultos y gritos exasperados, yo reflexionaba en silencio sobre lo que le sucedía a mi hijo.

Como no quería empeorar las cosas, decidí no mencionarle a Todd el arrebato de Nick. Supuse que se le pasaría, que la estrecha relación que siempre habíamos tenido como madre soltera e hijo único volvería pronto. Pero eso no ocurría. Nick no me llamaba ni me visitaba. Pasó unas Navidades sin precedentes en Atlanta con la nueva familia de su padre, y las vacaciones de primavera con su novia, Allison. Al principio, estaba molesta porque contestaba a las llamadas de manera fría, en las raras ocasiones en las que cogía el teléfono, y sentía la tentación de conducir las tres horas para ir a verlo y hablarlo de una vez por todas. Pero luego me enfadaba conmigo misma, furiosa por su comportamiento infantil silencioso, ese chantaje emocional.

Soltando un lento suspiro, eché un vistazo al océano Atlántico, ahora diez mil metros por debajo, bajé la persiana de la ventana —las nubes afuera eran cegadoras— y cerré los ojos.

No había tenido el tiempo (¿la energía? ¿las agallas?) de decirle a Nick que Todd se había marchado antes de que llegara la tormenta. No se lo había dicho a nadie. Había sido durante el domingo de Pascua. Estaba haciendo café cuando Todd bajó a la cocina y se encontró con una cestita sobre la mesa: un conejito de chocolate y pollitos de nube dulces. Me di la vuelta, esperando una sonrisa, pero en lugar de eso se dejó caer sobre la silla, puso de lado la cestita y proclamó: «Ya no puedo con esto».

Esto. ¿Qué era esto?

Comenzó a empaquetar sus cosas —artículos de aseo, camisetas y calzoncillos, algunos libros y su sacacorchos de lujo (me chocó ver

que su «mudanza» solo requería una bolsa de deporte)— y anunció que se iba a Nueva Orleans. En diez minutos se había marchado. Me senté en la mesa, con el café ya frío, mientras les sacaba en silencio los brillantes ojos negros a esos graciosos pollitos. Sabía que seguiríamos la inercia durante algún tiempo —de hecho, esperaba que el viaje a España volviera a activar nuestra relación, devolviéndole sus niveles iniciales de complicidad y sexo—, pero esto surgió de la nada. ¿Es que ya no le atraía? ¿Había alguien más? Pasé tres días en un sufrimiento a fuego lento compuesto de rechazo, abandono y orgullo herido, todo ello recubierto de la nauseabunda sensación de envejecer con rapidez. El tercer día llegó el tornado. «Volando» en el sentido más primitivo y aterrador posible. Mil personas resultaron heridas, centenares desaparecidas y casi cincuenta murieron. La ruptura ya no parecía tan importante.

—¿Pasta o pollo? —preguntó de nuevo la auxiliar de vuelo, tocándome ligeramente el brazo; ahora solo parecía cansada, ya se había olvidado de la interacción embarazosa.

—Eh... —Nick siempre decía que la pregunta era estúpida, ya que tenían el mismo sabor—. Pasta. Y vino tinto, por favor.

Con la bandeja delante, desenrosqué la botella de vino individual y rompí la bolsita de los cubiertos de plástico. Miré hacia la pequeña y mal iluminada pantalla —un *thriller* político, parecía— pero no me molesté en ponerme los auriculares. Realmente, aun sin el miedo a volar, viajar en el siglo veintiuno era patético.

Tomé un sorbo del vino corriente, me estremecí, y pensé en el último vino que había bebido, La Pesquera, un buen tinto añejo español que había reservado para una ocasión especial.

Una hora después de que pasara el tornado, cuando finalmente estaba en pie, me decidí a hacer frente al piso de arriba de la casa. Las

ventanas estaban rotas, el ventilador de techo en el suelo y las ramas musgosas del árbol formaban ya parte del dormitorio. Había visto fotos como esta en alguna revista de arquitectura vanguardista de Nick, casas de lujo construidas alrededor de árboles majestuosos. Pero estas ramas estaban enredadas en ropa, sábanas y cortinas empapadas, disipando cualquier pretensión de elegancia minimalista.

Intenté entrar en el estudio, el reflejo exterior de mi yo interior, pero el marco de la puerta estaba destruido. Me puse de puntillas e intenté mirar a través de un listón roto, pero era imposible ver nada. Había pasado allí toda la mañana, corrigiendo trabajos sobre la guerra civil española y haciendo breves descansos para hacer búsquedas en Google sobre la cocina valenciana —platos de arroz, dulces árabes, horchata— en un intento de animar mi apetito posruptura. Durante toda la mañana, esa habitación había sido el mismo bastión de caos organizado de siempre: estantes desbordados de libros y salpicados de curiosidades. Fotografías enmarcadas, desde retratos en sepia de mis antepasados hasta mis propias obras; una selección internacional de máscaras de madera; fósiles y conchas; una mandolina antigua; una colección de animales hechos a mano. Mis favoritos: la morsa esquimal tallada en una piedra rolliza, el pájaro de terracota de una luna de miel en México, el caballo dorado, una reliquia familiar. Me quedé de pie en silencio recorriendo mentalmente los estantes, preguntándome si habría sobrevivido alguno de aquellos frágiles objetos.

A través del hueco, ahora solo podía distinguir un lugar orgánico y misterioso, irreconocible como parte de una vivienda humana. Sonidos extraños, chirridos susurrantes ahogados, venían del interior, como si las ardillas y los búhos estuvieran ya posándose y haciendo suyo mi refugio.

Los ojos se me inundaron de lágrimas al pensar en todos los tesoros perdidos o destruidos, pero entonces recordé a los demás con un gran sentimiento de culpabilidad; la casa arrasada al final de la calle y mi ve-

cino Felix, tumbado en la puerta. Yo estaba viva, ilesa, y *casi* todo el tejado estaba aún sobre mi cabeza. Realmente, no tenía ningún derecho a lamentarme por mis pérdidas. Agarrando firmemente el pasamanos, bajé con cuidado las escaleras para servirme una copa de vino.

Después de buscar enloquecidamente el viejo sacacorchos, saqué la mejor botella de vino que tenía en la despensa. Si esto no era una ocasión especial, ¿qué lo sería? Me serví un río de color burdeos en el vaso de Mardi Gras y lo saboreé en la boca.

Con las velas encendidas y pilas nuevas en la radio, me recosté en el sofá mientras afuera comenzaba a oscurecer. Aunque algo achispada —con un vaso tuve suficiente, dados mis nervios crispados y el estómago vacío—, me sentí lo suficientemente responsable como para pensar que debía hacer algunas llamadas. Tenía que hablar con los amigos locales además de tranquilizar a mis seres queridos más alejados. Pero no podía recordar dónde había puesto el teléfono. Tumbada, escuché la radio, que emitía las cifras de muertos y los lugares destruidos: Forest Lake, Hackberry Lane, McFarland Boulevard, pero no podía escuchar el nombre de mi propia calle. Cambié de emisora a una de rock clásico y, escuchando un tributo a Jim Croce, sollocé hasta dormirme.

El bramido de las sierras mecánicas me despertó cuando amanecía. Me subí al sofá para mirar por un pedazo de ventana: un grupo de vecinos y voluntarios estaban ya intentando limpiar la calle. Avergonzada de haberme aislado después de la tormenta, cogí el bol de manzanas para ofrecérselo a los trabajadores. Abrí la puerta y me topé ahí mismo con Nick. Su rostro se desencajó al verme, una combinación de felicidad, alivio e irritación.

—¡Jo, mamá! —exclamó, a la vez que dejaba el bol sobre la mesa y me levantaba con un gran abrazo—. ¿Por qué no cogías el teléfono?

Tragándome las lágrimas, me aferré a mi hijo (¿cuándo se había puesto tan fuerte?), sin estar preparada para la abrumadora ola de confort curativo que transmitía con sus brazos.

Tras un minuto, al despegar finalmente mis manos de su cuello, Nick me habló sobre su frenético viaje desde Auburn. La noche anterior había estado sentado frente al televisor en silencio, presa del pánico, mirando el tornado en vivo y en directo. Por una vez, los meteorólogos no tenían que exagerar para tener una buena historia: el tornado que había devastado Tuscaloosa medía hasta 2,5 quilómetros de ancho, con vientos de hasta 300 quilómetros por hora, y había dejado un rastro de 130 quilómetros de largo. Nick había salido a las tres de la madrugada, cuando consideró que era seguro coger la carretera, y había ido hacia el noroeste. Entre las sombras antes del amanecer, podía ver otros recorridos de tornados por el camino. Cuando llegó a Tuscaloosa, los escombros caídos hacían imposible conducir. Aparcó el coche en el arcén de la calle principal y caminó hasta casa. Cuanto más se acercaba a nuestro vecindario, más miedo tenía. Corrió la última media milla.

Aún de pie en la puerta, le conté cómo viví la tormenta desde el baño, el estrépito, el jardín, el amable vecino, Mike.

—¿Estuviste sola durante todo esto? —preguntó. Su voz preocupada cogió un punto sarcástico—. ¿Dónde estaba Todd?

—No lo sé. ¿Puede que en Nueva Orleans? —dije, encogiéndome de hombros—. Ya no estamos juntos.

—Gracias por contármelo —dijo Nick, molesto de nuevo.

—Se fue el otro día. Domingo de Pascua. Todavía no lo he asumido. Pero, oye, estás aquí. Y no hay ninguna otra persona en el mundo a la que preferiría ver ahora mismo.

Rodeé con el brazo a mi hijo adulto, mucho más alto que yo, y lo miré a la cara.

—Yo también me alegro de verte —dijo él—. Dios, cuando vi el tornado anoche... —Se detuvo y se mordió el labio, incapaz de continuar. Estaba claro que la violenta tormenta había devuelto el sentido de la perspectiva, acabando con nuestro distanciamiento de cinco me-

ses—. Vi el tejado —dijo, aclarándose la voz y cambiando de tema—. Parece que el estudio ha sufrido muchos daños. ¿Cuál es el plan?

—¿Plan? —Parpadeé. El siguiente paso, el concepto práctico de tener que reconstruir, no se me había ocurrido. Todavía me encontraba en una ciénaga de devastación unida a mucha gratitud.

Seguí a Nick escaleras arriba y observé cómo evaluaba los daños con ojo experto. Su toma de notas mental era prácticamente visible. Tiró de la implacable puerta del estudio.

—Necesitaré una palanca para entrar ahí —dijo—. Tiene mala pinta, pero podría ser peor. ¿Cuándo tienes el viaje a España?

—¿España? —tartamudeé.

No sabía qué había hecho la tormenta con mi cerebro. Me había olvidado por completo del plan de pasar el verano en el extranjero, cuidando de la casa de unos amigos en Valencia, escribiendo el artículo...

—Eh, el dos de mayo —fui capaz de articular—. Los billetes. Son para el día dos. ¿Cuándo es eso? ¿Qué día es?

—Es el lunes que viene. Tienes cinco días. Contando hoy.

—No puedo ir a España, Nick. Mira a tu alrededor.

—Mamá, puedo encargarme de esto. ¿Para qué crees que has firmado todos esos cheques de la universidad? —dijo sonriendo—. Quizá pueda utilizarlo como proyecto de final de carrera. O, al menos, me podría subir algo la nota.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad podrías reconstruir esto? A mí me parece...

Nick levantó la mano, en un gesto educado para que callase, y se sacó el teléfono. Despertó a Erik, y luego a Mitchell, los dos estudiantes de ingeniería con los que había trabajado en la construcción en los dos últimos veranos. Después de comentar el proyecto con ellos («Nos pagarás, ¿a que sí, mamá?») y darles una lista de materiales, llamó a Allison.

—Hola —murmuró, claramente aún enamorado, aunque habían estado juntos desde que se conocieron en Introducción a la Arquitectura en su primer año universitario—. ¿Quieres pasar el verano en Tuscaloosa? Tengo un sitio donde quedarnos gratis.

La destrucción de nuestra ciudad acercó más a la gente de Tuscaloosa. Como eran incapaces de llevar la rutina normal (la universidad canceló los exámenes finales y pospuso la graduación; muchas escuelas y tiendas estaban cerradas), los vecinos trabajaron juntos para reconstruir sus vidas. Con sierras mecánicas y un espíritu comunitario, las calles principales se despejaron lentamente, con torres de escombros amontonados en las orillas. El presidente Obama, después de declarar el estado de emergencia, visitó Tuscaloosa dos días después del tornado para ver la destrucción por sí mismo. Erik, Mitchell y Allison llegaron ese mismo día, y pudieron aparcar ya la camioneta de Erik, llena de herramientas y equipos, paneles de vidrio y madera (mercancía valiosa con mucha demanda) justo delante de la casa.

Pasamos el día limpiando el jardín y, esa noche, hicimos una barbacoa en la que cocinamos toda la carne que se había estado descongelando lentamente dentro de la nevera. Mientras asaba los filetes y solomillos de ternera que Todd había comprado semanas antes, hice un brindis por Nick y sus amigos y nos acabamos la botella de La Pesquera.

—Gracias a todos. —Ya tenía otra vez los ojos empañados.

—Eh, Dra. Cardon... —Erik me conocía de hace años, pero seguía prefiriendo usar el título. ¿Era algo irónico?—. He trabajado con estos dos en muchas casas y, bueno, con estos tipos, nunca sabes con qué te vas a encontrar. Tal vez quiera reservarse esas gracias para cuando esté acabado.

Los tres días de después de la barbacoa quedaban borrosos. Mientras hacía las maletas para el viaje (menos mal que mi ropa favorita estaba en la cesta de planchar y no arriba en el dormitorio azotado por la tormenta) Nick y su equipo comenzaron a cortar la vieja pacana, para liberar la casa de su control. Mientras organizaba documentos de viaje y notas de proyectos, cubrieron el tejado dañado y las ventanas rotas con lona azul. La madrugada del dos de mayo, al entrar en el coche de Nick para que me llevara al aeropuerto, noté que la mayoría de las casas de la calle estaban ahora envueltas en ese plástico azul, del color y brillo de una piscina. Le daba al lugar un extraño aire festivo.

Al salir de la ciudad, me quedé impresionada al encontrarla irreconocible. Tuscaloosa estaba hecha añicos, horizontal. Sus entrañas salían desbordadas de las tiendas; coches estrujados y plantados estaban esparcidos por todas partes; los árboles primaverales se habían convertido en postes, con las ramas quebradas. Era esta falta de árboles lo que encontraba más desconcertante. Antes, gran parte del paisaje estaba compuesto por un follaje verde y exuberante y, sin él, la luz era peculiar, incluso excesiva. Los objetos antes escondidos —una torre de agua destartada, el hospital— estaban ahora expuestos, con un aspecto aparentemente nuevo y demasiado grandes.

Llegamos pronto a Birmingham, ya que tenía que reemplazar el ordenador que se había quedado atrapado en el estudio. Después de comprar el mismo modelo y una funda de viaje, Nick y yo fuimos a tomar un almuerzo rápido. Parecía chocante que allí, a tan solo una hora al norte de Tuscaloosa, todo fuera normal y corriente. Las personas a nuestro alrededor compraban productos de electrónica, conducían demasiado rápido, comían hamburguesas y patatas fritas con aire despreocupado, sin darse cuenta de que sus casas eran frágiles, apenas conscientes del hecho de que la vida es algo valioso. Casi hería mis sentimientos.

—Nick —dije, moviendo la silla para evitar mirar a los otros comensales—. Me siento fatal dejándote con toda esta responsabilidad. La reconstrucción, los partes de los seguros... todo el jaleo.

—Puedo encargarme —me dijo. Miré la gravedad de su porte, la seriedad en sus pícaros ojos verdes, del mismo color que los míos. Cuánto había madurado en tan solo unos días—. De verdad que puedo. Y creo que necesitas tomarte un descanso de todo esto. Quiero que te lo pases genial en Valencia. Saluda a Héctor y tráeme jamón, ¿vale?

Durante el viaje —en el vuelo a Nueva York, durante la breve escala en JFK y ahora en el viaje transatlántico— me había ido acostumbrando a ver gente que no había experimentado una tragedia reciente. Al verlos manosear el teléfono y soplar la espuma del capuchino, aburridos o cansados, pero desde luego no al borde de un ataque de ansiedad, poco a poco dejaron de parecerme ofensivos. Simplemente, ignorantes. Y con más suerte de la que creían.

—Plieguen sus mesas y coloquen los asientos en posición vertical —anunció un auxiliar de vuelo en español, catalán e inglés—. Estamos comenzando nuestro descenso a Valencia.

Mientras el avión se posicionaba para el aterrizaje, admiré el brillante Mediterráneo que teníamos debajo, emocionada por fin de estar de vuelta a España. Había pasado un año enseñando inglés en Madrid después de acabar la carrera y me había enamorado de todo: el estilo de vida, la cultura, la comida, el idioma, la geografía... Cada vez que regresaba, era casi como volver a tener veinte años, el mismo entusiasmo, la misma energía. Nick tenía razón: lo necesitaba.

Miré hacia abajo a los campos polvorientos del aeropuerto de Valencia y me froté las manos, ansiosa de estar en tierra con mi viejo amigo Héctor Ballester. Colegas historiadores, éramos amigos desde

hacía unos quince años. Nuestros primeros libros habían salido a la venta con unas semanas de diferencia y, al compartir la misma editorial del Reino Unido, nos pusieron juntos en un circuito de breves presentaciones y firmas de libros por Gran Bretaña: Londres, Oxford, Manchester y Edimburgo.

Casi inmediatamente, descubrimos similitudes profesionales. De hecho, a los dos nos consideraban «intrusos» en nuestros departamentos de Historia; estábamos más interesados en la vida cotidiana que en las casas reales, las guerras mundiales o los puntos de inflexión de las antiguas civilizaciones. Héctor centraba su investigación en la homosexualidad, la comunidad transgénero y el travestismo, mientras que yo me especializaba en la historia del vestido, la cosmética y la higiene. Ambos disfrutábamos de cierto éxito escribiendo artículos de cultura e historia en revistas conocidas y sufríamos la ira de colegas celosos, aquellos que escribían artículos secos para publicaciones pomposas que solo leían un puñado de catedráticos. A los dos nos llamaban «historiadores populares», o cosas peores.

En nuestro primer día en Londres, Héctor y yo firmamos una copia de nuestros libros el uno para el otro. El mío, *Las artes oscuras: Técnicas de belleza en la Europa medieval*; y el suyo, *Las 'molly houses' del siglo XVIII, los primeros bares gais de Londres*. Los leímos mientras íbamos de gira, deleitándonos en el estilo astuto y desenfadado del otro. Para cuando llegamos a Edimburgo, el respeto mutuo y el puro placer —de las lecturas, los restaurantes, los bares y también de una *molly house* moderna— se habían unido para formar una sólida amistad. Con el paso de los años, nos visitamos varias veces, tanto en España como en Estados Unidos, y nos escribíamos correos a menudo, comentando las nimiedades de nuestras vidas con un *spanGLISH* jugueteón.

Después de todo lo que había pasado en estos últimos diez días —desde la ruptura con Todd al abrazo de despedida de Nick en el aeropuerto— me lamenté de no pasar el verano con Héctor. Me había

ofrecido usar su piso (junto con las obligaciones de regar las plantas y cuidar de Molly, su delgaducha gata casera) mientras él y su pareja de muchos años, un pintor irlandés llamado Fergal, se iban a Tán-ger durante tres meses. Se suponía que iba a ser un verano romántico en el extranjero con Todd —con baños matutinos en la playa, paellas acompañadas de vino, largas siestas en la terraza del apartamento de Héctor...— con ligeras raciones de trabajo añadidas. Ahora, parecía que mi artículo y la gata Molly serían mis únicos acompañantes del verano.

Cuando salí de la recogida de equipajes, Héctor se levantó de un salto del banco en el que estaba sentado.

—Rachel, *darling*. —Unas pocas canas en la sien, un nuevo par de gafas, pero estaba igual que siempre. Me envolvió en un cálido abrazo; yo respiré felizmente su colonia cara. Me cogió la bolsa. —Salgamos de aquí. —Y con eso me llevó fuera del pequeño aeropuerto. Dentro del taxi, apoyé la cabeza sobre su hombro.

—*Oh my God*, ¿cómo estás? —preguntó de manera no retórica, analizándome el rostro.

—Oh, Héctor. Ha sido muy duro. Ahora mismo estoy bien. Es un placer verte, por supuesto, pero...

—Cuando llamaste para decir que ibas a venir de todas formas no podía creerlo. Ese tornado salió en las noticias aquí en España, ¿sabes? Casi me atraganté cuando lo vi.

—No tienes ni idea. Fue terrible. Durante la tormenta, claro, pero también después. Verlo todo, cosas grandes, fuertes y sólidas, patas arriba. No sé cómo explicarlo. Te cambia la perspectiva. Incluso el significado de las palabras. Por ejemplo, *indestructible* o *impermeable*...

Un camión pasó zumbando junto a nuestro taxi cuando entrábamos disparados a la autopista de seis carriles que llevaba a la ciudad. Me estremecí y me aparté de la ventanilla. Me había olvidado del trá-

fico español. O quizá eran los nervios que aún me quedaban de la tormenta. Héctor sonrió y me tomó la mano.

—Te digo una cosa —añadí, porque quería que lo supiera—. Ha renovado mi fe en la humanidad. De verdad. Todos se han puesto a colaborar. Todos para uno y uno para todos.

—Me sentí tan aliviado cuando me dijiste que Nick fue al día siguiente. Me preocupaba que os distanciarais este año. Es muy buen chaval, y siempre habéis estado muy unidos.

—No sabes lo feliz que me hizo verle. Supongo que no me daba cuenta de lo mucho que le echaba de menos. —Si pensaba más en eso, seguramente me pondría a llorar—. ¿Te conté que va a supervisar la reconstrucción de la casa?

—¿Qué? ¿Qué tiene ahora, dieciocho años?

—Veintidós —le corregí—. ¿Y sabes qué? Creo que lo hará mucho mejor de lo que lo haría yo. Últimamente soy un desastre.

—Siento que lo de Todd no funcionara —me dijo con suavidad, subiéndose las gafas—. Estuvisteis juntos casi un año, ¿no?

—Casi un año —repetí—. No parece mucho, ¿no? Me pregunto por qué duele tanto.

—Oh, Rachel. Siempre es así —dijo él, dándome un besito en la frente.

Mirando por las ventanas del taxi, ya en la ciudad, nos quedamos en silencio un momento. Aunque la ruptura era reciente, ya era imposible imaginar a Todd allí junto a nosotros. Hubiera odiado la barrera del idioma, depender de mí para hablar o señalar y gesticular para que le entendieran. Un cabrón temperamental, a lo mejor habría pasado todo el verano de mal humor. O quizás se habría aprovechado demasiado del buen vino barato. Se me pasó por la cabeza una expresión en español: *mejor sola que mal acompañada*.

—Entonces dime —dijo Héctor, estrujándome la mano para captar mi atención—: ¿en qué trabajarás cuando estés aquí? Mencionaste un texto sobre... ¿qué era? ¿Unos baños medievales?

—Ah, *trabajo*, mi fiel compañero. —Sonreí a mi viejo amigo—. Sí, creo que te gustará este tema. Es ardiente, con abundante desnudez.

—Suena prometedor —contestó con una sonrisa.

—Trata de la influencia de la cultura musulmana en la higiene de la España medieval y cuánto tardaron en cambiar las ideas locales sobre el baño tras la expulsión de los musulmanes y los judíos. Aunque tendría que pensar en un título más pegadizo que ese.

—*Interesting* —murmuró.

—Como punto de enfoque, voy a usar ese encantador *hamam* que visitamos la última vez que estuvimos aquí, los Baños del Almirante. —Señalé por la ventana (habíamos pasado las viejas puertas de la ciudad, aún marcadas por las bolas de cañón de Napoleón, y las calles se estrechaban), aunque sabía que no estábamos cerca de los baños.

—Recuerdo cuánto le gustaron a Nick —dijo—. Supongo que la idea de unos baños públicos es atractiva en la imaginación de la mayoría de los adolescentes.

—Eso es verdad —dije—. Pero Nick es un fanático del diseño islámico desde que Jeff y yo le llevamos a la Alhambra cuando solo tenía ocho años. Creo que hasta está metiendo arcos de herradura en los dibujos que hace en la universidad. —Lo dije como si supiera en qué trabajaba ahora, como si conociera sus planes para el proyecto final. Respiré hondo, pensando en las conversaciones tensas y monosilábicas que habíamos tenido todo el invierno—. De cualquier forma, voy a investigar los antiguos baños para ver si puedo usar esta historia en particular y generalizar a partir de ella.

—Muy buena idea —dijo—. El lugar es perfecto. Ha existido durante casi toda la época cristiana de Valencia.

—Eso es lo que me atrajo de la idea. Según mis notas, fueron destruidos en 1313 y se cerraron al público en 1959. Imagínate: catedrales, castillos, coliseos... todo aquello estaba hecho para durar, ¿pero unos baños comunes?

Hecho para durar. Recordé de nuevo las construcciones destruidas en Tuscaloosa por el tornado. El Nuevo Mundo, aun siendo más joven y torpe, parecía más propenso a los accidentes que el Viejo.

—Unos baños públicos de hace casi 700 años? —dijo Héctor, y soltó un pequeño silbido—. Si las paredes hablaran, sabes que tendrían muchas historias que contar.

El taxi serpenteó por el barrio del Carmen que, siglos antes, había sido el barrio árabe. Al girar por la estrechísima calle de Héctor, hizo una llamada rápida a Fergal para que bajara a saludarnos a la acera. Subimos mi equipaje los cuatro pisos y salimos a la terraza a tomar un aperitivo.

Me eché en la silla de la terraza, le di un sorbo a la cerveza y miré a mi alrededor. Capiteles y cúpulas se alzaban detrás de las hojas de buganvilla e hibisco, mientras los tejados embaldosados cubiertos de líquenes se podían ver más abajo. La tarde era fresca; una tajada de luna brillaba en el cielo azul claro. Con una sonrisa cansada, levanté el vaso hacia mis amigos.

Tres días más tarde, Héctor y Fergal salieron hacia Tánger al amanecer. Lo habíamos pasado genial comprando bolsas de exquisiteces en los puestos del Mercado Central, paseando por las calles del casco antiguo y tomando un aperitivo en los cafés modernos, hablando sin parar. Un antídoto infalible para la ansiedad y la tristeza de las semanas anteriores. Pero ahora, sin ellos, me sentía inquieta, incómoda conmigo misma. En este nuevo silencio, me entretenía por la casa abriendo cajones de la cocina llenos de utensilios muy chic, exami-

nando los estantes repletos de libros, haciendo girar una peonza, una de muchas en un bol lacado. Todo estaba limpio, desempolvado, en su lugar. No podía evitar sentir tristeza en aquel piso tan acogedor, rodeada de tesoros que no habían sido arrastrados por un desastre natural. Desde el sillón de diseño, miré hacia arriba a las últimas pinturas de Fergal: retratos claros y oscuros que, de alguna manera, expresaban agilidad, movimiento, humor. Me quedé mirando *Héctor, riendo*, hasta que, finalmente, me salió una sonrisilla.

—Dios, tengo que salir ya de aquí.

Me puse las sandalias, guardé el portátil y salí al sol. Aunque siempre me perdía por las calles laberínticas del Carmen, decidí no coger mapa. No había prisa. Tenía todo el verano para encontrar mi camino. De manera caprichosa, di una serie de giros, pasando panaderías y bares, pequeñas plazas y enormes conventos reconvertidos, hasta que encontré un agradable café. Después de pedir el desayuno popular, encendí el portátil y entré en el sitio web de los Baños del Almirante.

Lo había guardado en mis favoritos hacía unas semanas —antes de los eventos que me cambiaron la vida—, pero no había tenido tiempo de estudiarlo con detenimiento. Examiné varias imágenes de los baños a través de los años: había algunos grabados del siglo XIX, incluido un plano muy detallado de un tal A. Laborde, y reproducciones de bellas postales antiguas, fotos en tonos sepia, de principios del siglo XX. En aquella época, los baños tenían el lujoso estilo de *Las mil y una noches*, con palmeras en macetas, candelabros y bancos de terciopelo. Más abajo en la página, hice clic en las fotos del antes y el después del reciente trabajo de restauración: la puerta de entrada de madera, los pilares y los arcos, el tejado abovedado y los tragaluces estrellados.

Mientras me terminaba el café, me quedé mirando la última foto en la pantalla: estrellas de ocho puntas perforaban el tejado y su mágico reflejo se veía sobre las paredes de cal. Las gruesas paredes de los baños no me sorprendieron, pero las cúpulas también tenían tres palmos de

grosor, ¡por lo menos! Y, ¿de qué exactamente? ¿Piedras y argamasa? *Hecho para durar*. Pensé en mi propio tejado. No sabía exactamente cuántos metros de madera y aislante me habían mantenido a salvo, caliente y seca. ¿Uno? ¿Quizás algo más para las tejas?

El año anterior había hecho una serie de fotografías alteradas de techos, nuestros cielos interiores. Saqué fotos de techos de madera con pintura desconchada, techos de yeso con molduras caprichosas, el techo de un porche viejo con un ventilador oxidado cubierto de una enredadera de kudzu. Los techos de mi propia casa me habían parecido demasiado rutinarios para el proyecto. ¿Y ahora, con sus cicatrices, sus ramas y su vida silvestre? Hice una nota mental para decirle a Nick que documentara todo el proceso de restauración con fotos. En cuanto a mí, yo haría una serie de los baños, de esas estrellas.

Una hora más tarde, después de preguntarles a cinco personas diferentes cómo llegar a los Baños del Almirante (cuatro valencianos que no tenían ni idea de lo que les hablaba), me encontré justo afuera de la puerta arábiga. Estaba escondida en una corta y zigzagueante calle —probablemente, el secreto de su supervivencia— de camino a ninguna parte. A la media, un chico de veintitantos con pelo oscuro y revuelto y gafas blancas abrió la gran puerta, dejó salir a algunas personas y me acompañó para ver el vídeo y visitar el museo.

—¿Esperamos por si viene alguien más? —pregunté, mirándome el reloj. Ya pasaban cinco minutos.

—Pueden venir a la siguiente sesión —dijo—. A las once viene un grupo.

—Bien, menudo lujo, tener todo el sitio para mí sola —dije—. Lo he visitado antes, pero esta vez vengo para escribir un artículo sobre los baños. Soy historiadora.

—¿De verdad? —dijo sonriendo—. Estoy trabajando en el doctorado de historia. Esto de ser guía es solo temporal. Por lo menos, eso espero. Pero tal como va la economía española, nunca se sabe.

—Uno no se mete en Historia por dinero, eso está claro. —Sonreí de vuelta, ofreciéndole la mano—. Soy Rachel, Rachel Cardon.

—Xavi Mínguez —dijo, estrechándome la mano—. Encantado de conocerla. Entremos.

Bajamos unos escalones hasta el vestíbulo, una gran sala iluminada por ventanas en lo alto. Durante los primeros siglos de la historia de los baños, había sido un vestuario. Ahora los turistas usaban los bancos para sentarse a ver un vídeo explicativo proyectado sobre la pared. Acompañado de música medieval, el breve film mostraba sin palabras a dos actrices —una dama y su criada— pasando por las diferentes etapas del baño en un *hamam*: recoger cubos de agua en la sala fría, disfrutar de un baño de vapor en la sala caliente, y luego relajarse en la sala tibia, quitándose la mugre con esponjas, untándose de aceite y exfoliando la piel.

Después del vídeo, Xavi y yo caminamos por las tres salas, la fría, la tibia y la caliente. En la primera, Xavi señaló un pequeño parche de azulejos que quedaban del siglo XIV; la extraña inclinación del suelo para permitir el drenaje; los tragaluces que, cuando eran nuevos, estaban cubiertos de vidrio de colores. Abrió las puertas dobles y entramos por debajo de la cúpula de la sala tibia. Junto a las paredes, los bancos estaban decorados con esponjas, cántaros de cerámica y delgadas toallas de lino; esta era la sala para relajarse, charlar e incluso hacer negocios. En cada sala había pequeños altavoces sobre el suelo medio escondidos detrás de cubos de madera pero, aun así, incongruentes con los rústicos azulejos, que emanaban sonidos del agua, los chorrillos y el vertido del agua en el baño con cubos.

Luego pasamos a la sala caliente, donde una máquina de humo llenaba la sala de vapor artificial.

—Un buen detalle —le dije a Xavi, divertida.

—Sí, pero aun así hace demasiado frío para que tenga el efecto correcto —dijo—. Aquí hacía tanto calor como en una sauna, unos

50 o 60 grados. Pero estas paredes, de aproximadamente un metro de grosor, mantienen el fresco. Sin una caldera que funcione, incluso en verano hace fresco aquí dentro.

—He estado mirando las fotos del antes y el después en internet. La restauración es de mucha calidad.

—Fue complicada, debido en parte a la primera reforma en los años sesenta —dijo.

Caminamos de vuelta hacia la sala tibia. Los pilares eran tan sencillos —piedra y mármol mezclados de manera irregular, con la parte inferior a veces más delgada que la superior— que no pude resistirme a tocar uno, dándole una suave caricia. Cerca de su sencillo capitel observé una inscripción, suavizada por el tiempo pero aún visible en la piedra ocre: *I i F*.

—¿Qué es esto?

—Nadie lo sabe con seguridad —respondió—, pero es muy antigua. La mayoría cree que es tan antigua como el mismo pilar, que data de la construcción de los baños. No me pregunte cómo saben estas cosas; es algo sobre el desgaste y el color de la piedra. Seguramente son las iniciales de alguien. En catalán, la *i* minúscula a veces se usa para unir los apellidos. Pero no tengo ni idea de cuáles son. El propietario original, en el siglo XIV, era Pere de Vilarasa. Ahí no hay ni íes ni efes. Se cree que podría ser el nombre de un cliente importante, y quizá lo pusieron ahí para reservarle el sitio.

—Interesante. —Pasé la yema del dedo sobre las iniciales.

—Quizá pueda ponerse en contacto con el arquitecto que llevó la restauración —añadió—. Se llama Paco Nogales. Podría contarle más cosas sobre los baños que cualquier otra persona.

—Gracias, Xavi. Lo haré. Pero seguro que vuelvo. De hecho, probablemente esté aquí en uno o dos días para sacar fotos.

—Aquí estaré. Para bien o para mal —dijo con una media sonrisa.

—Por cierto, ¿hay más inscripciones en los baños?

Pensé que podía añadir una nota interesante al artículo. Además de la pequeña firma, tal vez hubiera otros grafiti que no había visto: ingeniosos garabatos medievales, algún insulto tallado o algún alarde lascivo al estilo de Pompeya.

—No, esta es la única.

Qué pena, pensé, saliendo de los baños. Entonces aquí no hay historia.

SOBRE LA AUTORA



Dana Gynther es la autora de las novelas históricas *Crossing on the Paris* y *The Woman in the Photograph*.

De procedencia norteamericana, reside en València desde hace veinticinco años junto a sus dos hijas. Actualmente, Dana continúa su trabajo literario a la vez que es profesora de idiomas y aprendiz de alfarería.

facebook.com/danagyntherauthor

instagram.com/gyntherdana.author

Preventa

Reserva tu ejemplar y recíbelo
el día del lanzamiento.
Viernes 11 de junio de 2021.

Fátima, Àngels, Clara y Rachel, cuatro mujeres que comparten una conexión tan antigua como los Baños del Almirante. Un antiguo baño público del casco antiguo de València, hoy reconvertido en museo. Centinela que durante 700 años sobrevivió a epidemias, guerras, reconstrucciones...

Los baños son el telón de fondo donde transcurre lo más dulce y lo más amargo de la existencia humana: la amistad, el descubrimiento del amor y de la sexualidad, la solidaridad ante los desastres, pero también la realidad de la peste, la pérdida de seres queridos, el desencanto de las promesas rotas y el dolor de las mentiras.